te tantos siglos le había enseñado la Iglesia, y que había, casi olvidado desde hacía un siglo:

*A peste, fame, et bello,
Libera nos, Domine.*

Mas ¿cuánto tiempo será preciso que transcurra antes que los oídos, sordos hoy, se abrán de nuevo a esta antigua palabra de verdad? Nuestra voluntad se extravió una vez más. Cree marchar hacia un porvenir lleno de sorpresas deslumbrantes, cuando ha vuelto a entrar ya en «el eterno pasado», erizado de pruebas harto conocidas.

GUGLIELMO FERRERO

Las fuentes del Derecho

(Conclusión)

La facultad de proponer edictos, que fue primitivamente de los pretores y que pasó luego a los cónsules y magistrados, vino a corresponder a los emperadores, cuyas providencias tomaron el nombre de constituciones imperiales. Al parecer, éstas comenzaron con Vespaciano, pero su fuerza resulta desde Adriano, ya que en tiempo de éste y sus sucesores ellas fueron sustituyendo las determinaciones del senado hasta anularse éstas por completo, y ser el todo de las leyes la voluntad monárquica. Ya no hubo pontífice máximo ni tribuno de la plebe, y en manos del príncipe cayeron lo religioso y lo civil.

Entre las constituciones citanse los edictos, los mandatos, los rescriptos y los decretos, de los cuales las dos últimas categorías puede decirse se asimilaban a los edictos, en cuanto su alcance era casi tan general como el de éstos. Los llamados senadores o caballeros encargábanse de la formación de las constituciones; y se da el nombre de *jura* a las obras donde quedaban interpretadas por los jurisconsultos las fuentes del derecho.

Adviértese ahora, al lado de la gran utilidad de los edictos pretorianos la eficacia de las decisiones de los prudentes.

Es éste el período en que la ciencia jurídica se impuso no solamente a la sociedad de Roma sino a las sociedades actuales y futuras. El estudio había conducido a los jurisconsultos a la verdadera ciencia, cuya lógica y espíritu filosófico, hermanados con el hechizo del estilo, hacíanse accesibles a todos, abriendo paso al derecho que aparecía ya con su carácter de gran ciencia moral.

Así lo comprendió Augusto, y la firma de un abogado fue desde aquel momento bastante a subvertir una ley ya consagrada. El mérito pudo llevar entonces al lado de Augusto a Capitón y Labeón, lumbreras y ornamentos de la paz, que dijera Tácito. Servil el primero, sostúvose cerca de Augusto; incorruptible el segundo, leal a sus ideas, lo que vale decir grande consigo mismo, vino a ser víctima del príncipe y ludibrio de Capitón, fenómeno que se multiplica dolorosamente allí donde la propia dignidad cede al zahumerio y a la intriga.

Las doctrinas encontradas de estos dos jurisconsultos fueron el origen de las sectas llamadas de los proculeyanos o pegasianos y de los sabinianos o casianos. Huelga decir que a éstos tocó el destierro, y a sus contrarios el galardón reservado para los que se inclinan, claudicantes y rendidos, ante el mandatario vanidoso.

Los primeros jurisconsultos a quienes cupo la interpretación de las fuentes fueron los magistrados patricios y los pontífices, como únicos conocedores hasta entonces de toda fórmula procedimental. No sería poco el incremento del derecho por aquel tiempo, cuando el pontífice, desentendiéndose de sus funciones religiosas, se dedicó más a las disciplinas jurídicas.

Sólo cuando Cneyo Flavio divulgó los días fastos y nefastos, los misterios del procedimiento y acaso el cuerpo mismo del derecho civil, se extendió el número de jurisconsultos; pues también los plebeyos encontraron abierta el arca de la ciencia jurídica; ya coadyuvaba con el magistrado, a quien se confiase una causa, un concilio integrado por cierto número de prudentes.

No tuvieron por mucho tiempo los jurisconsultos completa autonomía, digámoslo así, pues no tardó Augusto en establecer el *jus publica respondendi*, institución mediante la cual pudieron otros ciudadanos, no tan versados en la ciencia del derecho, decidir a nombre del Estado en las consultas que se presentaban. Debíose esta innovación a sospechas que Augusto tuvo de los jurisconsultos y a su deseo de dominarlos a su manera y capricho. Es de suponer que por esta medida tuvieron los mediocres gran ingerencia en los asuntos de derecho; pero en aquella época hubo acatamiento para la ciencia, ya que nadie pudo entrar a mansalva en el seno de los doctos, sin un título o autorización oficial que Augusto concedía; título que no ha podido ser hasta nosotros fuente de un certificado de idoneidad al menos, que salve el decoro del jurista y explique un tanto el zarandeo del derecho allí donde lo ejercen los apóstoles espurios.

Hasta la época de Adriano, las respuestas de los prudentes no vinieron a especificarse como fuente del derecho escrito. Adriano impulsó la institución de Augusto, y dio notable influencia ante los tribunales a aquellos que estaban investidos del *jus publica respondendi*. Existió entonces la *permissio jura condendi*, o facultad de fundar el derecho. Los investidos del *jus publica respondendi* extraían generalmente sus conocimientos de las *responsa* (respuestas ya otorgadas) y de las *sententiae et opiniones* (doctrinas ya enseñadas).

Con tales larguezas hízose demasiado asequible a todos el desempeño de la jurisprudencia, y esta fuente de las respuestas de los prudentes se complicó de tal modo que Teodosio el Joven hubo de ponerle limitaciones justas. No pasaremos de esta fuente trascendentalísima del derecho escrito sin citar en breve las escuelas proculeyana y sabiniana, cuyos orígenes ya señalamos. Estas escuelas, cuyo antagonismo había nacido con sus respectivos creadores, lucharon a través de la época clásica y declinaron con Papiniano, cuya aparición llevó a la penumbra a cuantos le precedieron y cuyo nombre sobrevive con exquisita claridad. Con este jurisconsulto llegó a su magnificencia la época clásica, época contada desde Cicerón hasta

Alejandro Severo, y vigorizada especialmente en los reinados de los Antoninos y de los Severos.

La tendencia a completar y perfeccionar el derecho civil fue, según parece, el motivo que imprimió importancia considerable a los edictos de la magistratura, que son una nueva fuente del derecho. El pretor urbano y el pretor peregrino, ya introducido por ellos el derecho de gentes, se valieron de la autoridad de los magistrados, cuyas decisiones formaron el derecho honorario ya referido. Bello ejemplo para los días que corren fue el respeto por los edictos como expresiones de la justicia, los cuales llegaron a suscitar persecución para sus autores mismos cuando no consultaban al elaborarlos la equidad, como aconteció con Verres, quien, ya anulado el testamento, quiso obtener para un su amigo la herencia de Minucio. Es sabido que para evitar el *edictum repentinum*, en el cual se llevaban la mejor parte sentimientos odiosos ya en relación con el pretor anterior, ya con el siguiente, se estableció que los edictos valdrían solamente durante el mismo año de la pretura que los expedía. Bien se ve que el pretor necesitaba de un nuevo edicto, para decir cuál sería su aplicación de la ley, a cada año que entraba en ejercicio de sus atribuciones.

Sin embargo, se comprende que el edicto debía ser *perpetuum* en el curso de cada magistratura, y Adriano satisfizo tal necesidad. Salvio Juliano concentró en uno solo toda decisión racional y equitativa: tal fue el edicto perpetuo, aprobado por el senado-consulta de Adriano. Ninguno se atrevió contra este edicto, el cual llegó a consagrarse entre los romanos. El edicto perpetuo sólo sufrió en su esencia y en su práctica, así como las respuestas de los prudentes, cuando fue afectado por las causas de la decadencia, que ya se determinaban implacablemente.

Es muy de notarse el cambio sustancial de la jurisprudencia durante el reinado de Adriano; cuyo amor por la paz, por las artes y por la erudición lo condujo a una unidad del derecho, atendidos sus aspectos civil, militar y religioso. Ya no fueron las XII Tablas ni los edictos anuales de los pretores las bases por donde el derecho comenzaba a estudiarse, sino

que el edicto perpetuo («forma del derecho, derecho indudable») constituyó en lo sucesivo su razón y fundamento. A las provincias se extendió con el mote de edicto perpetuo provincial, diferente del edicto destinado para Roma, llamado pretoriano, úrbico o urbano.

Estamos en el período de la decadencia, que podemos llamar también de la codificación del derecho.

Con Alejandro Severo, el derecho brilló todavía cuan vigoroso estaba desde la época clásica; pero era llegada la decadencia, y el derecho se fue reduciendo sensiblemente a compilaciones de las constituciones imperiales.

Los jurisconsultos, apegados al gentilismo, y también como es natural suponerlo, a lo que era obra de su propio esfuerzo, recelaron que las modificaciones sufridas por el derecho lo adulterasen demasiado, y temerosos especialmente de las que Constantino ya introducía, optaron por salvarlo de las tendencias que se presentían. Así aparecieron los códigos gregoriano y hermogeniano, en el primero de los cuales reuniéronse las constituciones comprendidas entre Adriano y Constantino, quedando recogidas en el segundo las de Diocleciano, Maximiano y sus sucesores. La revolución, el despotismo, la ruina del imperio, en fin, todo acosaba al genio romano, que se perdía entre la descomposición inevitable. Pero aquellos códigos, grávidos de sabiduría, hacían frente a la calamidad. El cristianismo, que en pos de los apóstoles, del martirio y de la sangre alboreaba ya sobre las naciones, halló seguramente la verdad en los códigos de Gregorio y de Hermógenes; pero había mucha sombra por disipar, y dejando en la quietud al derecho se dio a corregir muy por el aspecto religioso el estado de la moral, cuya reabilitación, descuidada por la filosofía del Pórtico, suficiente quizá para emprenderla, había de corresponder a la doctrina maravillosa de Cristo.

Apenas aparecida ésta y sumido el imperio en el más crudo paganismo, los códigos gregoriano y hermogeniano fueron la expresión suma del derecho; y, como tales, gozaron de tan grande autoridad que Justiniano hubo de abolirlos luégo explícitamente en el suyo. Con estas eventualidades y riesgos,

aquellos códigos perdieron mucho de su integridad; sólo quedan de ellos apartes acogidos en el código *repetitae praelectiones*, que citaremos luégo.

Las innovaciones de Constantino no se detuvieron en la jurisprudencia, sino que se extendieron a la organización de la República. Después de dividir en cuatro gobiernos el imperio y de instituir algunos magistrados, trasladó la sede imperial a Bizancio, quizá entre otras cosas, por facilitar a los pontífices la dominación en Roma. Una de las novedades que afectaron el derecho fue la sustitución del latín por el idioma de Grecia, ocurrida en el período de Constantino.

La abundancia de jurisconsultos produjo una reacción contra éstos, iniciada por Constantino y consumada por la ley de las citaciones, obra de Teodosio II y Valentiniano III, según la cual se menospreciaban las páginas de los jurisconsultos posteriores a Adriano y reconocíase autoridad solamente a Cayo, Papiniano, Paulo, Ulpiano y Modestino, como a los máximos jurisconsultos de la época clásica. No contento con esta medida, Teodosio publicó en 429 el código de su nombre, donde se incluyeron las constituciones habidas después de Constantino.

Ningún medio de imposición nos parece tan eficaz como el derecho, y sólo a su poder se debió seguramente el que los bárbaros lo adoptasen, en tanto que sus costumbres sí se sobreponían a las costumbres romanas. Sobre todo vencieron los vencedores, menos sobre el derecho, aspecto por donde Roma jamás fue vencida. El texto no nos habla del código de Teodorico, el breviario de Alarico, la ley de los borgoñones o *responsa papiniani*, según la publicación de Cuyaccio; documentos que demuestran la sumisión de los bárbaros al derecho romano.

Mientras el occidente del imperio se acogía a los diezmos filones del viejo derecho, Justiniano iba ya a concluir, con mérito y gloria, la obra portentosa nacida y nutrida en el oriente. En ambos imperios, de oriente y de occidente, el código teodosiano era la norma jurídica, favorecido por Valentiniano III en los dominios occidentales y comprimido en los orientales, en los códigos gregoriano y hermogeniano.

En el código de Teodosio se dio cabida a las instituciones de Juliano el apóstata, cuya circunspección y pericia militar fueron tan sólidas como su apostasía. Pero fuera del germen que así caía en los surcos de la nueva civilización, esencialmente cristiana, en el código teodisiano debieron encontrarse todas las deficiencias que se siguieron a la persecución que Teodosio cerró contra los juriconsultos, los cuales, por otra parte, habían aparecido con tal manera que la jurisprudencia llegó a verse abandonada por los hombres libres, cultivada por los libertos y por la plebe. Grandes fueron la superabundancia y confusión de juriconsultos. Alguno llamó «carga de muchos camellos» al derecho de aquel tiempo.

Dos reacciones de importancia, en nuestro sentir, se verificaron en aquel caos. Una comprendida entre Juliano el apóstata y Teodosio II, y en la cual citaremos a Valentiniano y Valente, Graciano, Arcadio y Honorio, reacción que más bien fue perniciosa por el cúmulo de leyes que trajo consigo. La otra fue la que llevaron a cabo Teodosio II y Valentiniano III, con la ley de las citaciones a que ya nos referimos.

Hallándose en la compilación teodosiana los edictos, rescriptos, epístolas y mandatos de los príncipes, desde Constantino el Grande hasta Teodosio, y conteniéndose allí las constituciones de los emperadores cristianos, no necesitamos observar que, no obstante sus irregularidades, el código teodisiano fue legalmente adoptado en la extensión del imperio.

Aquella compilación, comentada por Jacobo Godefroy y traída a nuestra edad por Antonio Marville, no fue, con todas sus ventajas, bastante a regular tan mal estado de cosas; las circunstancias variaban inesperadamente, y los casos particulares quedaban fuera de ella. A subvenir a tales necesidades, vinieron unas nuevas constituciones llamadas novelas, que tampoco hicieron otra cosa que acumular leyes sobre leyes.

Con este esbozo creemos descifrar en algo el desorden y complejidad de la ciencia jurídica, dar una idea de ese estado de decadencia a que múltiples riesgos de espacio y de tiempo había traído la ciencia del derecho.

Sobreponerse a tamaño desarreglo, levantarse sobre el

desconcierto general y la imbecilidad circundante, abarcar con genial perspicacia la obra secular, salvar y presentar al mundo el cuerpo del derecho, tal la empresa de Justiniano, que rehuye toda ponderación y encomio.

El *corpus juris civiles* de este «legislador de las naciones» consta del Código justiniano, de las Pandectas, o Digesto de las Institutas y de las Novelas.

En el segundo año de su reinado se propuso Justiniano redimir el derecho; observó sus contradicciones, su oscuridad e incertidumbre y comisionó a Triboniano, quien asociado en 528 con Juan, Leoncio, Focas, Baúlides, Tomás, Constantino, Teófilo, Presentino y Dióscoro, elaboró el código justiniano, publicado en los idus del año 529, en el cual se contenían los códigos gregoriano, hermogeniano y teodosiano, lo mismo que las novelas de los sucesores de Teodosio. Poco o ningún provecho habría de sacarse de esta nueva compilación si no quedaba abolido lo que en ella se prohijara, y ello fue en consecuencia derogado por una constitución que, a su vez, anuló las novelas no comprendidas tampoco en aquélla. Editado por segunda vez, el código de Justiniano apareció en 1534, dividido en 12 libros. En él se publicaron las leyes propiamente tales y las decisiones que, en número de 50, dictó el emperador para conciliar las distintas y contrarias opiniones que venían dislocando la jurisprudencia, y que dieron cuerpo a lo que se llamó *codex repetitæ prælectiones*.

En las Pandectas o Digesto ordenó el mismo emperador recoger los principios de los juriconsultos más afamados. Contáronse entre éstos 39, que habían recibido la *permissio jura condendi*. En esta colección se procuró seguir el orden del edicto perpetuo. También esta vez tocó la misión a Triboniano, quien la dio cumplimiento en asocio de diez y seis juriconsultos más.

El Digesto o Pandectas constaba, según disposición de Justiniano, de 50 libros, divididos en títulos, subdivididos éstos en leyes. En las Pandectas campea el derecho y, como cosas de él independientes, las leyes o constituciones imperiales. Divídese el Digesto, además, en 7 partes, subdivididas en libros. Fuera de las divisiones que hemos indicado, existe otra atri-

buída a Bulgaro y otros doctores del siglo XII, que consta de 3 partes intituladas *digestum vetus*, *digestum infortialium* y *digestum novum*.

Las Institutas no son sino el compendio del Digesto y del código justiniano. Para elaborarlas fueron encargados Doro-teo, Teófilo y Triboniano. Constan de 4 libros y de un prefacio donde se explica el por qué de su formación, se observa sobre los tratados que comprenden y se hace una reseña de su aprobación por el emperador. Contienen nociones generales del derecho y de la justicia, la exposición del derecho de las personas, el tratado de las cosas, el estudio de los derechos que nacen de una obligación y de los contratos y cuasi-contratos; de los delitos y cuasidelitos, y de las acciones o medios para procurar judicialmente un derecho establecido.

Terminados el código justiniano, las Pandectas, las Institutas y las cincuenta decisiones de la ley, no aparecía sin embargo la recopilación clara y más o menos precisa a que Justiniano aspiraba, por lo cual se hizo una nueva colección en que se incertaron las novelas que éste había dictado con posterioridad. Así se formó el código *justinianeus repetitæ prælectiones*.

La gran obra de reconstrucción podemos decir que tenía ya la relativa perfección que era posible apenas exigir. No obstante, Justiniano continuó durante su reinado perfeccionando su código, dentro de su propia esencia, sin dejarlo influenciar por las constituciones posteriores a él, dictadas por el requerimiento de los casos particulares que se presentaban. Justiniano separó, pues, de los cuerpos legales ya definidos ese género de constituciones ocasionales que él llamó también novelas. Las novelas de Justiniano se escribieron en lengua griega, y a su elaboración sirvieron las constituciones de Cayo, o resumen de las leyes romanas en tiempos de Marco Aurelio.

No sabemos con certeza si existe el código de las novelas, es decir, la colección que Justiniano prometió realizar con este nombre. Sólo hemos hallado que las novelas están coleccionadas en número de 168, que entre ellas hay algunas de Tiberio y otras de Justino y que están vinculadas con el cuerpo del derecho, bajo la denominación de «auténtica colación.»

No hablamos aquí de la suerte que corriera el derecho en oriente y occidente. Trivial es afirmar que el derecho romano fue fecundo y estable en todas sus andanzas, porque era el derecho de los hombres.

Damos por concluído este estudio, al dejar constituído el cuerpo del derecho, obra inmensurable y, como tal, vituperada por unos cuantos, exaltada por los más y, en todo caso, tenida como esfuerzo superior de una de las más vastas inteligencias.

JESUS ESTRADA MONSALVE
alumno oficial.

El Búcaro de cristal

—¿Conque no está aquí en el pueblo la familia de Elena?—inquirió Tomás.

—No—le respondió Pilar, su hermana—. Según sé, pasarán unos días en el balneario, y luégo volverán.

Tomás se acomodó mejor en el banco, y dejándose mecer por el susurro de la gigante acacia que le daba sombra, guardó silencio.

Entonces Pilar, pensando que su hermano deseaba entregarse al reposo y a los recuerdos, abandonó discretamente el jardín y entró en la casa.

¡Qué de cambios hallaba Tomás en el huerto! ¡Mentira parecía que sólo en esos dos años que duró su ausencia, los árboles hubieran crecido tanto!...

Los midió con los ojos, y después de contemplarlos largamente, se hundió en el recuento de sus memorias.

Largos y cortos, a la vez, parecíanle esos dos años de estudio que había pasado lejos de su pueblo; largos, cuando tuvo que contarlos día por día; cortos, al verlos, por fin, concluídos, conduciéndole amablemente hacia el rincón preferido, ese dulce rincón donde estaba su casa, su familia, Elena....